LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

HISTORIA LITERARIA.

ARTICULO SEGUNDO.

(Conclusion.)

En el número 15 indicamos que los celtas que mas influyeron en nuestra civilizacion descendian de los galos, en especial de los que en tiempo del reinado de Ambigato y poco antes de la venida de los griegos, salieron de Francia; pues los primeros celtas que vinieron á la península, oriundos, como se infiere de una narracion de Plutarco, de la Scitia ó actual Siberia, eran demasiado incultos y bárbaros, para que pudieran dar origen á ningun ramo de nuestra literatura.

Estas transmigraciones de los galos celtas empezaron por la parte oriental de la Galia Narbonense y penetrando en Cataluña y Aragon, ocuparon el pais de la Celtiberia, de donde unos se estendieron insensiblemente hasta la Carpetania y el territorio de los Verones; otros ocuparon parte de la Lusitania entre el Tajo y el Anas; y algunos poblaron en la Bética, primero en la Beturia y despues en Tarteso y cercanías de Ronda. Estos, unidos con los túrdulos, segun consta de Estrabon, hicieron una espedicion á

Galicia, en donde despues de algunas disensiones se establecieron y propagaron en especial en el pais de los artabros, próximo al cabo de Finisterre.

Pero antes de decir nada respecto á los conocimientos que pudieron transmitirnos los celtas de la Galia, preciso es demos una ojeada á la historia literaria de los druidas, cuerpo de sabios, que de tiempo inmemorial existía en aquel pais, los cuales, bien recibieran las ciencias, la filosofia y religion del oriente, bien se instruyeran por sí mismos formando un cuerpo original de doctrina, es cierto se hicieron admirar de la antigüedad y respetar de sus connaturales por su poder, por su sabiduría, por el predominio moral que adquirieron sobre todas las clases de la sociedad, á quienes fascinaban con sus misterios y su mision divina sobre la tierra.

Enseñaban de viva voz á la juventud las ciencias, haciéndole aprender de memoria los dogmas religiosos puestos en verso; y para estos actos escogian los lugares mas apartados, como

los bosques y las mas profundas cuevas.—Eran á un tiempo doctores, sacerdotes y magistrados.—Intervenian en los pleitos públicos, y su fallo era obedecido sò pena de ser privado el delincuente de la comunión de los sacrificios, de sus honores, del trato con las demas gentes, y de no ser escuchado en juicio.—Los druidas presidían á todos los actos religiosos; sacrificaban víctimas humanas, con lo cual pretendían aplacar la ira de sus falsos dioses y adivinar el porvenir.—Cultivaban la música y la poesia: los que se dedicaban particularmente á esta se denominaban bardos, y tenían la costumbre de cantar á presencia de los egércitos para disponerlos á la guerra, é inflamar sus ánimos recordándoles las hazañas y el heroismo de sus mayores.—Consta tambien que cultivaron en algun tanto la medicina, pero se conducian en la práctica mas bien empírica que teòricamente: entre los principales remedios que usaban era una cierta sustancia resinosa denominada *glu*, la cual tenia ademas la excelente propiedad de hacer fecundos los animales estériles.—En órden á la cosmogonia pensaban, que el universo todo estaba formado de semilla por una inteligencia infinitamente sabia é invisible.—Crefan tambien en la inmortalidad del alma, dogma principal de su teología; y esta idea era tan general y se hallaba tan arraigada entre los galos, que unos prestaban dinero bajo condicion de cobrarlo en la otra vida, otros ponian en los sepulcros de sus parientes cartas en que les daban noticias de este mundo, y algunos en fin se lanzaban por su voluntad en la hoguera para ver mas presto á sus deudos ó amigos y tener

el placer de vivir en su compañía.

Este era en resúmen el estado de instruccion de los druidas; y es muy verosímil que así por su inmediacion á España como por las colonias célticas que de la Galia entraron en la península, comunicasen á los españoles su gusto particular á las ciencias, su gobierno, sus costumbres, aunque no tan completamente, que abandonasen estos su carácter y hábitos propios, especialmente los andaluces que eran mas cultos é instruidos que los celtas.

No hablaremos de la influencia que ejercieron estos sucesivamente en la cultura civil, gobierno y religion de los pueblos españoles con quienes tuvieron íntima relacion y comercio porque no hace á nuestro propósito; vengamos pues, á la literatura. Estas en verdad son las noticias que tenemos sobre este punto. Con todo, es indudable que así como los fenicios arribar á nuestras costas y establecer relaciones con los pueblos meridionales de España, les trasmitieron sus conocimientos y gran parte de sus costumbres; las colonias galo-celtas hicieron lo mismo en nuestras provincias: y con efecto los lusitanos y gallegos aprendieron de los bardos la poesia y la música, pues los primeros imbuidos tambien en la idea de una vida futura, corrian impávidos á la guerra, y morian, segun la expresion de Diodoro, entonando *cánticos* tróficos; y los segundos entraban en acción formando alegres danzas y cantando versos, que componian los poetas en la lengua propia.

Pero la poesia de los bardos no era tan armoniosa, ni tan perfecta como que cabe, como la de los andaluces los cuales, instruidos ya por los fenos

cios, ayudados de la escritura que tanto conduce al adelantamiento de las ciencias, la cultivaron con mas esmero, y aun cabe que instruyesen á los mismos poetas celtas.

Algunos eruditos aseguran que con la venida de los galo-celtas nació en España la costumbre de formar asam-

bleas para disputar sobre asuntos de jurisprudencia, de ciencias físicas y naturales, de religion y moral, dando à entender así que debemos à ellos la adquisicion de estas ciencias; pero esto es de todo punto congetural y está desprovisto de autenticidad histórica.

AL FELIZ NATAL DE J. M. A. y A.

I.

Pura como los rayos de la aurora,
 Hermosa como el astro refulgente
 Que dá al orbe su luz encantadora,
 Del seno maternal alzas la frente
 Para inspirar el aura seductora
 De este mundo falaz, niña inocente.

De este mundo, que lleno de ilusiones
 Con falso resplandor nos embriaga
 Al través de mil tétricas pasiones.....
 De este asilo infernal dó el hombre vaga
 Cargado de dolor y de aficciones
 Aun si el destino su fortuna halaga.

Aquí el crimen se levanta
 Siniestro y aterrador,
 Hollando con negra planta
 A la virtud, al candor.

Aquí la vírgen ajada,
 Cual flor que agostó el estío,
 Lloro triste, aunque estasiada
 En profano desvarío.

Allí el hombre reluchando
 Con fatídicas pasiones,
 Va su aliento emponzoñando;
 Vive siempre entre prisiones.
 Y en torno de los placeres,
 Y en el lúbrico festin,
 Quizás encuentran los seres,
 Sin esperarlo, su *fin*.

II.

No quiera el cielo, nó, niña preciosa,
 Que en esta vida de horfandad y duelo,
 Azás sembrada de marchita rosa,
 Te prive nunca del materno celo,
 Ni se mancille tu virtud hermosa
 Arrastrando la afrenta por el suelo.

J. B. y Q.

ANTIGUEDADES.

SEPULCROS.

Sepulturas de los griegos.

El uso mas antiguo entre los griegos fué el entierro. Pausanias, que nos ha dejado una enumeracion exacta de las sepulturas mas distinguidas de aquellos, nos dice que las tenian en los campos, en las orillas del mar, al pie ó en la cumbre de las montañas. Despues tambien adoptaron el uso de quemar los cadáveres. Entonces ponían las urnas que contenian las cenizas en casas particulares, y á veces en los mismos templos; pero estos ejemplos al principio fueron raros, no concediéndose esta distincion sino à los gefes de la administracion y á los generales que habian defendido la patria

El entierro en la Grecia siempre estuvo en uso mas que en toda otra parte; teniendo aquellas gentes particular cuidado de llevar los cadáveres fuera de las poblaciones.

Los pueblos de Sicino, de Délos y de Megara, los tebàicos, los macedonios, los moradores del Chersoneso y de casi toda la Grecia observaron la misma práctica. Licurgo fué el único que permitió las sepulturas dentro de las ciudades, en los templos y en los lugares públicos en que el pueblo se congregaba; pero los legisladores mas famosos hicieron de aquella práctica un punto muy interesante de sus códigos. Cecrops quiso que los muertos fuesen llevados fuera de Atenas; Solon adoptó y restableció en todo su vigor este prudente reglamento, de modo que hasta el fin de la república no se halló en Atenas sino un cor-

to número de personas enterradas dentro de la ciudad, cuya honorífica distincion solamente fué concedida á algunos héroes, y aun en estos últimos tiempos del gobierno ateniense, Sophocles no encontró sepulturas en dicha ciudad. Sulpino en tiempos menos remotos no pudo conseguir que fuese enterrado en ella Marcela. Platon en su república no permite que se destinen para sepulturas las tierras aptas para el cultivo, sino las arenosas, áridas é inútiles.

Las mismas leyes estuvieron en igual vigor en la magna Grecia. Los cartagineses hallaron fuera de Siracusa sepulturas construidas para los moradores de esta ciudad. Los tarentinos siguieron el mismo estilo; pero habiendo en una ocasion consultado al oráculo, éste les respondió que serian mucho mas felices, *si cum pluribus habitarent*. El sentido verdadero de esto era que activasen los medios de aumentar la poblacion; mas ellos creyeron que interpretaban bien el sentido del oráculo, permitiendo enterrar los cadáveres humanos dentro de la ciudad. Sin embargo, toda la doctrina religiosa y la mitologia griega se dirigian à observar las leyes que ordenaban llevar los cadáveres lejos de las habitaciones. Así fué que hasta los generales que habian defendido la patria, los soldados que habian sacrificado su vida por tan noble fin, tuvieron sus sepulturas en los mismos campos en que habian muerto cubiertos de gloria. Lisandro, que aseguró la superioridad de Lacedemonia sobre Atenas su rival, fué enterrado en un campo cerca de Aliate. Aristides, el más justo de los atenienses, lo fué en el campo Phalereo: Homero, el prí-

mer poeta épico, en las orillas del mar: Píndaro, el primer poeta lírico, en un picadero: Arquímedes, terror de los romanos y defensor de Siracusa, en una campiña cerca de su amada patria: Aquiles en el promontorio Sigeo, &c. Cuando los cadáveres de los héroes y de los grandes hombres no eran enterrados dentro de las poblaciones, no es de creer que lograrse esta distincion la gente menos recomendable. Ni sirve decir que en aquellas remotas ciudades se hacia poco caso de las sepulturas, porque en ningun otro tiempo los hombres han tenido tanto cuidado sobre este particular, ni ha brillado tanto el lujo como entonces. Ciceron conoció la sepultura de Arquímedes por los varios adornos que habia en ella. El lujo, el buen gusto y la magnificencia de las sepulturas eran tan grandes entre los griegos y romanos, que las leyes tuvieron que reprimir varias veces semejantes excesos. Platon (l.^o 12) prohibe las sepulturas, cuyo trabajo no pueden concluir cinco hombres en el espacio de cinco dias. Solon quiso que las de los atenienses fuesen construidas dentro de tres dias por diez hombres; y Demetrio Palereo proscribió el lujo de las columnas y determinó la capacidad de las sepulturas.

(Se continuará.)

CANTO DE RAMIRO.

Ay Toledo y su hermosura!..
Ay mi bella idolatrada,
Ay libertad adorada!
Jamás, jamás os veré!
Suerte fatal, tú en mi daño

Te gozas bárbara, impia;
Vuélveme la dicha mía,
Yo gracias te rendiré.

Ay Elvira y mis amores!
Ni el llanto, ni el suspirar,
Podrán nunca consolar
A quien todo lo perdió.
Momentos de dicha entera
Cambiásteis en amargura,
Estorbando mi ventura
Que ingrata desapareció.

Vuela pensamiento mio
A Toledo, y á mi Elvira
Dile que triste suspira
Quien le jura eterno amor;
Que ni una sola esperanza
Me consuela en tantos males,
Que con infortunios tales
Yo sucumbiré al dolor!...

Toledo la de Castilla,
Reina gallarda y valiente,
Vén y ampárame clemente,
Que lloro en cautividad;
Corre, que quizá la muerte
Me aguarda ya codiciosa;
Sócórreme generosa,
Te lo pido por piedad!...

Y tú, noble Alfonso,
Salva á tu soldado,
De penas colmado
Y atroz padecer.
Salva á quien valiente
Luchando á tu lado,
Al moro malvado
Lograba vencer.

Fieles compañeros
De guerra y azares,
Volad; mis pesares
Que cesen, por Dios;
Y aceros lucientes
Eclipsen al cielo,
Volviendo el consuelo
Que el alma perdió.
Nada!.. soledad!... la muerte!..

El compas de la cadena
Solo en la prision resuena
Desterrando la ilusion!
Elvira, adios, ya acabaron
Nuestros momentos dichosos,
Sus recuerdos venturosos
Ahora mi tormento son.

Adios quizà para siempre,
Recibe mi amargo lloro,
Que miéntras al cielo imploro
Un resto de compasion;
Conserva allà en tu memoria
Mi nombre desventurado,
Que yo el de Elvira grabado
Lo tengo en el corazon.

L. DE OLONA.

A ELISA.

Eres, niña,
Tan hermosa,
Cual la rosa
Del Abril;
Y tu rostro
En dulce calma,
Cual tu alma
Juvenil;
Y tu talle
Aéreo y leve,
Y tu pié breve
Y gentil,
Me rebelan
Con certeza
Esa pureza
Infantil.

Guarda, guarda tu pureza,
Tu pureza sin igual,
Que es el caliz de una rosa,
Y es la rosa tu beldad,
Y la brisa que la arruya
Es tu candor virginal;

Ay! nunca permita el cielo
Que el horrísono huracan
De las pasiones, mi Elisa,
La pueda al fin apagar;
Porque entonces sin el soplo
Que la acarició al pasar,
Esa flor de tu hermosura
Se llegará á marchitar.

V.

VIAGES.

SIERRA NEVADA.

Entre los grandes espectáculos que continuamente nos ofrece la naturaleza, es sin duda uno de los mas grandiosos la famosa Sierra, de que vamos á ocuparnos en este artículo. Su aspecto solo, sin otra cosa que la hiciese agradable, sería capaz por sí de sorprender al mas indiferente espectador, inspirándole al mismo tiempo un vivo deseo por visitarla y una inesplicable admiracion, causada únicamente por la contemplacion de sus grandes y argentadas moles.

Un inmenso castillo, dominado por dos portentosas y colosales torres, cuya elevacion parece tocar casi al cielo, y cuyos cimientos se estienden hasta el abismo: hé aquí la forma de la sierra.—Los picos de la *Veleta* y *Muley-Hasem*, que mutuamente se disputan el primer lugar, sobresalen magestuosamente sobre los demas cerros, que sirviéndoles de base presentan en sí multitud de accidentes maravillosos y dán aun mas realce á la arrogante soberbia, con que parece que aquellos despreciando la elevacion de estos portan con las nubes hasta esconder en

ellas sus cabezas; desde las cuales y al poniente de la sierra de Lujar, se descubre perfectamente el Mediterráneo y aun parte del Africa, cuyos anchurosos espacios se verian seguramente con mas exactitud, sino lo impidiese la espesa *neblina*, de que casi siempre está cargada la atmósfera de la sierra, y muy particularmente en el invierno y parte del otoño. El pico de *Muley-Hasem*, que está situado al oriente de *Veleta*, y que dista de este una legua corta, se enlaza con él por una cordillera, que formando vertientes entre los dos cerros, unas para Granada y otras para las Alpujarras, dá principio al barranco de Poqueira.— Pero, apartándonos por un momento de su descripción, veamos de hacer algunas observaciones sobre el clima y cualidades de esta montaña.

Situada á dos leguas de Granada, participa de aquel cielo encantador que cobija la deliciosa *vega* de esta ciudad, á quien los romanos, al contemplarla por la vez primera, llamaron *los campos eliseos*, y á quien riegan, como compitiendo entre sí, y uniéndose al dejar la antigua corte de los abencerrages, el manso Darro y el bullicioso Génil. Y con la influencia de un cielo tan ardiente y benéfico, con una tierra, que fecundiza sin cesar la humedad del deshielo ¿qué no podrá ecsistir en este sitio, aunque al parecer improductivo? Efectivamente: en lo mas interno de la sierra ecsisten hermosas y dilatadas praderas, y en ellas se encuentran casi todas las plantas y arbustos conocidos, habiendo no obstante muchas de las primeras con las que un botánico observador y estudioso pudiese añadir sus colecciones y sus conocimientos, compa-

rando la diversidad de estados, que presenta una misma especie en la pequeña circunferencia de cuatro ó cinco varas, y en el corto discurso de cinco ó seis horas; porque al mismo tiempo que nacen unas, y otras retallan, se ven ya otras floridas, y marchitas las que hace poco abrieran, segun á la distancia que se encuentran de la nieve; ó segun el rigor de los vientos y el ardor del sol; si bien éste nunca produce efectos muy dañosos, ántes al contrario vivifica y fermenta maravillosamente las semillas.

A pesar de que para dar una idea exacta de los rios y fuentes en que abunda la sierra, necesitaríamos estendernos mas de lo que permiten las columnas de este periódico, no pasaremos en silencio que el Dilar, el Lanjaron, el Tintin, el Padule, el Aguas-Blancas, y últimamente el Génil, hallan su nacimiento en esta suntuosa montaña, como mas adelante verán nuestros lectores, y que son innumerables las cristalinas fuentes y apacibles arroyuelos, que por dó quiera brotan, y se deslizan, jugando mansamente con las flores de que están coronados.

Posee ademas la Sierra Nevada ricas é inagotables minas de hierro y excelente plomo (el cual contiene muchas partículas de plata, de que hacen una crecida grangería los ingleses con sus fábricas, aprovechándose de nuestra *inocente simplicidad*), como tambien de exquisito cristal de roca, serpentina, piedras fosfóricas, y otras no menos útiles y vistosas, que dignas de llamar la atención asi del mas profundo mineralogista como del mas rudo neòfito en esta facultad.

El temperamento que reina en casi toda su estension es sùmamente tem-

plado, en especial los meses Junio inclusive, hasta principios de Setiembre, en que por las frecuentes y ricas nevadas se hace intransitable absolutamente. Mas adelante volveremos á decir algo de él.

Habíamos dicho anteriormente que el barranco de Poqueira tenia su nacimiento en las vertientes de *Muley-Hasem* y *Veleta*, y ahora añadimos, siguiendo la principiada descripción, que el tal barranco forma en sus primeras vertientes una —Y— la cual principia en las mayores alturas del medio-día, y sus palos laterales, como hemos señalado ya, descansan y toman su origen en las vertientes de los dos cerros, colosos de la montaña; recogiendo todas las que bajan de la cordillera, que los ata por su parte inferior, en la cual se encuentra la *Caldera*, laguna que conserva siempre sus aguas heladas. La línea vertical de la —Y— llega con sus corrientes al Orvija, y en sus costados se descubren algunos pueblecillos de la Alpujarra al oriente de *Veleta*; habiendo en su pié varias laderas rodeadas de otras eminencias por lo que dán á este sitio el nombre de *corral de la Veleta*; á cuyo norte se vé tambien otro barranco llamado el *Cerral*, que desagua en el anterior y encima del de S. Francisco, en cuyas faldas esta el *Real*, donde concurren otros dos, que toman sus corrientes del *Muley-Hasem*, por el lugar nombrado *la Peña partida*.

Al medio-día de este magnífico cerro se desprenden otros muchos barrancos, entre los cuales se cuenta el de Trébeles. Por el oriente está la laguna de Bacáres, é inmediatamente continúa la sierra por espacio de ocho á diez leguas, dejando á su norte todo

el Marquesado, y á su medio-día la Alpujarra, hasta que, volviendo al oriente, termina en el lugar del nacimiento.

Del medio-día de *Veleta* nace otra cordillera, última eminencia que hay sobre el valle de Lecrin, y que se llama los *torcales* de Cartuja, de cuyas vertientes, y de las que miran al poniente del citado pico, se forma el Dilar, (en cuyas riberas existen hermosos y dilatados prados) y de las corrientes de estas alturas unidas á las del norte del mismo cerro; se forma tambien el Monachil, que desagua en la vega de Granada; hallándose al medio-día de los *torcales* y hasta el cerro del *caballo* otros barrancos, que es imposible ver; y que giran, unos sobre el de Poqueira, otros sobre el Orvija, otros sobre Lanjaron, (dando principio al rio de esta nombre) y otros finalmente sobre el Durcar, cuyas dos vertientes, uniéndose antes de Veceillos, caminan por Lobres á desaguar en el mediterráneo por Salobreña; dejando abundancia de agua para regar estas vegas y la de Motril, por medio de los grandes *azarbes* que á uno y otro lado del rio sacan.

(Se concluirá.)

ELISA KINGSTON.

NOVELA ORIGINAL

POR DON JOSÉ MONTADAS.

—
I.

Aguija, buen Armando, el valiente corcel que oprimes con tu cuerpo, y supla él á lo menos la ligereza

que le falta à su jinete. ¡Pobre anciano! Cuanto ha padecido en este largo camino. -Por mi fé, que no sé como he podido sufrir por tanto tiempo las fatigas de este largo viaje en una edad en que todos esperan tranquilo su última hora. -Sostegate, buen Armando, el cielo al fin nos protegerá, y si he de creer á mi corazón, muy pronto veremos el fin de tantas fatigas. -Aun no sabeis lo que os está reservado; el ojo del anciano mira siempre el porvenir horrendo, sin esperanza, porque ha esperado tanto tiempo y en vano, que ya su interior se ha deshecho y el velo risueño que ofuscaba su imaginación ha caído á sus pies, huyendo aquel lisonjero fantasma y dejando hondos pesares en su corazón; mientras que la juventud, sin guía, sin experiencia vaga incesantemente por el vasto campo de las ilusiones, y de una en otra ilusión, de una en otra esperanza vá perdida, creyendo encontrar á cada paso la felicidad, que huye cada vez mas de sus brazos, burlándose cruel de nuestra credulidad. -¿Esperais hallar pronto esa felicidad? Pues no lo penseis: la fortuna es variable, y si conoce esa confianza, huye, tal vez vendria, si desesperaseis.

-Armando! por Dios; si es verdad que no he de hallar esa dicha que ansió, no me lo digas porque me mataria; sabes que esa esperanza me anima unicamente, sabes que ella es mi vida y por ella sufro las mas crueles fatigas? tú no sabes cuán cruel es desahuciar al enfermo; la idea sola de su imposible curación le quita la vida mas pronto; no me lo digas, por Dios, Armando!

Con todo tambien esperateis hace dos años, cuando en Londres dejamos padres, amigos, patria y todo cuanto nos era mas caro; entonces ni atendisteis á los ruegos de un padre moribundo, ni á la voz de la amistad, ni al grito de la patria que os llamaba; todos sus encantos desaparecieron á vuestros ojos. -Y podria ofrecerme encantos el pais donde si bien ví la luz primera entre caricias, donde si bien hallé en mis primeros años el lujo, la ostentación, los honores, tambien en cambio recibí mil enconadas heridas: mi alma, por la persona que amé mas en mi vida: sí, Armando, aquel amor ardiente, como los rayos del sol de estas campiñas, aquel amor nacido en la niñez, crecido con la edad, hubiera hecho mi dicha, mi gloria, mi esperanza, mi porvenir; por eso lloré tantas veces, por eso aborrecí los encantos de mi patria, por eso desoí el grito de la naturaleza, ¿qué mucho? por ese amor hubiera dado mi vida, mi última gota de sangre; de entonces no tiene alivio mi frenesí; y tú lo sabes bien, Armando mio: dos años há que no hacemos sino seguir las huellas por donde el destino nos indica que existe esa persona que busco. Pronto la hallaremos, sí, lo juro; mi corazón me lo dice, y el corazón del inocente no se engaña. Ves esas campiñas bordadas con cuadros risueños de esmeralda y cubiertas de una capa brillante de rocío, que en gotas vá derritiendo ya el sol? ves esos rústicos labriegos, que en medio de sus pesares, en medio de sus fatigas, viven contentos sin que la duda agite siquiera su inocente co-

razon? pues esta es la vega fértil de Granada que baña con sus ricos manantiales el sosegado *Darro* y el delicioso *Genil*; y esos son los sencillos cultivadores de esa abundante mies, que pronto caerá seca á los golpes de la afilada segur, para convertirse en alimento de esos ricos magnates, que solo habitan las ciudades, sin acordarse que á ellos deben el sustento que los anima. Pronto veremos esa preciosa ciudad de tantos y tan respetables recuerdos árabes, los sitios, donde mil veces asentarán su planta los gallardos Abencerrages, los fieros Zegries y los irritados Gomerés; aquí veremos el fastuoso alcazar del último rey, que respetó á Mahoma, y al recordar su desgracia, nos trasladaremos á aquellos felices tiempos, era dichosa del lujo y los placeres. ¡Cuántos y cuan grandes pensamientos inspira esa venerada *Alhambra*! - Por mi fé, que si vais á recordar la historia de esa encantada ciudad, aun antes que lleguemos á vella, qué dejareis para entonces? pero, mirad, el sol se eclipsa y espesas nubes sustituyen aquella ardiente luz con la horrosa oscuridad demonios prisa; falta á mi parecer solo un cuarto de hora de camino para llegar á la ciudad, y quizás podremos pisar sus puertas, antes que descargue la horrible tormenta que amenaza, y perdamos entonces de vista las cúpulas que nos sirven de guía; apretad, pues, los hijares de vuestro caballo, y pronto llegaremos.

Apenas esto fue dicho, una nube de polvo envolvió á nuestros personajes y desaparecieron.

II.

Era el 3 de Setiembre de 18.....ape-

nas habían podido escucharse, entre el confuso rumor de la tormenta, los dobles golpes del reloj que anunciaba el medio día, aunque pudiera muy bien en Granada parecer las 12 de la noche, porque apenas divisarse podían las blancas fachadas de las casas, que coronaban las tortuosas calles de la ciudad: el cielo estaba tan negro como el horrible manto sepulcral, y la lluvia abundante que caía, y el medroso ruido de la tormenta, y el confuso rumor del viento, que cortaba los espacios, atravesando las anchas canales de agua, formaban un contraste horroroso, que alejaba de las calles á los pacíficos habitantes de Granada, que una hora ántes vagaban alegres y bulliciosos, cruzándolas con frecuencia. Ya un silvido horrendo, impelido con la furia con que se estrellan contra sí las olas en los mares, arrastraba las aguas en oblicua dirección; ya un súbito relámpago iluminaba de pronto aquellas oscuras mansiones; ó ya por fin un continuado trueno, semejante al ruido que forma una alta mole al desplomarse, indicaba que algun desgraciado habría dejado de existir, hecho cenizas por el rayo. En medio de tanta agitación, de tan sordo murmullo, no interrumpido sino por las explosiones vehementes de la tormenta, dos viajeros buscaban en Granada un asilo donde librarse del furor de la tempestad; cabalgaba el primero sobre un brioso caballo inglés de gallarda figura, y el segundo oprimía el lomo de un inquieto corcel, vivo, valiente y erguido: ni la lluvia ni la tormenta, ni el cansancio los rendían, y estaban miedosos los ginetes que les montaban; el uno llevaba unos calce-

nes de ante hasta la mitad de la pier-
na, donde empezaba una bota y un
capote de estameña oscura, que le cu-
bria; sobre su cabeza cana se veía
un sombrero con largas y estendidas
alas que el agua habia bajado hasta
cerca de los hombros reservándose con
su influencia del rigor de la estacion:
el otro mas jóven, representaba algu-
nos veinte años, sin barba, con gran-
des y apesados ojos, languida faz
y delicadas facciones; caian sus ri-
zos hasta los hombros y á veces los
arrastraba el viento con sus variables
giros en distintas direcciones; ambos
iban en silencio, cruzando las calles y
parecia como que estaba en ellos fija
la imagen del estupor y de la duda:
hubiéraseles tenido ciertamente por
fantasmas, si por acaso al resucir el
relámpago algunos los vieran desde las
ventanas de la poblacion.-Rompió por
fin el silencio el mas joven preguntan-
do á su compañero.-Armando, sabeis
la posada?-Páreceme, que se titula el
café de**, pero con esta oscuridad, y
sin ver á nadie en el camino nos se-
rá quizá imposible encontrarla; hasta
ignoramos si estaremos muy cerca ó
muy lejos.-Esperemos pues á que en-
contremos á alguien, y nos guiará.-Co-
mo gustéis.—Habíanse parado un mo-
mento para acariciar los caballos, cuan-
do escuchan ruido y sienten pasos cer-
ca de sí: no esperaban en vano; un jo-
ven de los naturales de aquel pais los
encontró, que pasaba, y Armando le
pregunta el lugar á que iban destina-
dos; y este, con la dulzura caracte-
rística de aquellas nobles gentes, los
guia por distintas calles hasta la po-
sada.

Dejemosles descansando algunos mo-
mentos mientras vamos á enterar al

lector de quienes eran nuestros incog-
nitos viajeros.

III.

La grande revolucion, que agitó á
la Europa en los tiempos que dejamos
atras, causada por el grande hombre
del siglo, puso en movimiento y con-
mocion violenta á la Inglaterra, que
no podia mirar indiferente el estado
guerrero de las naciones convecinas y
en cuya lucha le cabia no pequeña par-
te. Asi pues, permaneciendo interesa-
da espectadora en aquellos sucesos, tu-
vo que experimentar, como de ordi-
nario acontece, la perjudicial enemis-
tad de las familias que se adherian á
uno ó á otro sistema de gobierno; aun
entre los nobles existian con calor esos
partidos; y ellos abriendo grietas pro-
fundas de la vasta pared del edificio
social, eran un objeto de encono y eter-
na odiosidad en la nobleza. Lor Dun-
dor, aunque anciano ya, participaba de
esa entereza de caracter tan propia en
las gentes de honor, é hizo la guerra con
el mayor ardimiento al amigo de su
nifez, el antiguo Lord Kinstong, con
quien, ademas de las relaciones estre-
chas, adquiridas en su juventud, le
ligaban los vínculos futuros de paren-
tesco; pues el joven *Eduardo*, hijo del
primero y único heredero de su cuan-
tiosa fortuna, estaba desde su primera
edad destinado para hacer la felici-
dad de la linda *Elisa*, hija del Lord
Kinstong Habíanse reunido en aque-
llos dos jovenes, la simpatia propia de
la infancia, el cariño de la adolescen-
cia, el fruto en fin continuo de veinte
años de amor, alimentado por sus mis-
mos padres, que se complacian en el
dichoso porvenir de sus hijos. De re-
pente cambió de aspecto la fortuna, y

desde el colmo de la dicha pasan nuestros amantes al abismo de la fatalidad. Fuéle prohibido bajo severa restriccion á Elisa hablar ni acordarse de su Eduardo, y este era amenazado con el castigo del destierro de la casa paterna, si se acercaba á repetir á Elisa sus juramentos, que desde luego devian olvidarse, olvidar en un momento el cariño de tantos años. Era esto cosa impracticable y mucho mas en aquellas dos almas sensibles, formadas la una para la otra.

Nada alcanzaron los ruegos ni las lágrimas, y tuvieron que acceder al parecer gustosos, á aquel mandato, si no querian privarse desde luego de la esperanza de verse alguna vez. Eduardo, empero, sofocó en su corazon la idea de su desventura, resuelto á todo trance á hacer la última prueba po-

sible para conseguír ver á Elisa. El amor lo allana todo con facilidad, y la osadia suele producir varias veces provechosos resultados. Pudo en fin alcanzarse de una antigua sirvienta de la casa de su amada que le facilitase entrada secreta por un jardin y no tardó Eduardo en gozar en brazos de su dueña y en medio de la noche, protectora de los infelices, aquella dicha que antes no habia conocido por que el continuo trato y el cariño de la infancia que cegaba sus ojos lo impedía quizá la oposicion fué un incentivo poderoso para aquellos corazones ardientes. Elisa llegaba al colmo del placer y admitia sin recelo las amorosas caricias de su Eduardo, no tan puras de efecto, como de intencion.

(Se continuará.)

ALBUM.

OMISION IMPOR. TANTE.

En la continuacion del artículo 2.^o de la historia literaria, página 169, línea 9 de la segunda columna, dejaron de ponerse, al concluir la oracion, las siguientes palabras: »La Céltica, segun algunos historiadores, comprendia todo el territorio de España, Francia, Alemania y Ungría. Pero este es un error. &c.

INDICE.—Historia literaria; artículo segundo; conclusion.—Al feliz natal de J. M. A y A; poesia.—Antigüedades; Sepulcros.—Canto de Ramiro; poesia.—A Elisa; poesia.—Viajes á Sierra Nevada.—Elisa Kinstong; Novela.—Album.

ERRATAS.—En la primera columna de la misma página, línea 8, donde dice ascendientes léase *descendientes*.—En la página 171, columna izquierda, línea 10, donde dice de los primitivos celtas, léase de los primitivos celtas *españoles*.

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

IMPRENTA DE LA AUREOLA,
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.